

desde luego, sus razones— en esta antología: Hans Hinterhäuser, y, por fin, «Teatro» resume tres aproximaciones —de Pérez de Ayala, Díez-Canedo (¡qué insigne olvidado crítico fue Díez-Canedo!) y Gonzalo Sobejano, sólido y eficaz como siempre.

La sensación de haber hecho para ustedes una extensa «solapa» de la antología de Rogers no impide que, de algún modo, me sienta justificado, porque este teórico análisis de contenido nos lleva a enfrentar un problema mucho más grave de valoración crítica. En efecto, a la vista de esta cuidada antología —Rogers explica sus posibles omisiones con razones de indudable peso—, la gran cuestión que se plantea, a mi modo de ver, es ésta: ¿por qué una crítica tan extensa y un interés tan continuo, por qué unos trabajos tan diversos y hasta tan alejados en sus maneras, tienen, no obstante, el denominador común de cierta unidad de tono, de cierto parecido, digamos, emocional, y de cierta reincidencia en el uso y abuso de un modo investigador que, por llamarlo de alguna manera —y sin ánimo de faltar, por supuesto—, pudiéramos llamar «tradicional»? Es posible que sea defecto imputable sólo a este modesto observador y culpa suya no ver en tan variados esfuerzos sino una misma partitura interpretada con distintos instrumentos. Pero sos-

pecho que, sin negar el valor intrínseco de esta manera de proceder críticamente, hay algo que salta a la vista, y es que la crítica galdosiana, como el grueso de nuestra crítica literaria general, viene siendo en España un ejercicio «preceptivo», una excursión «tradicional» y, en cierto sentido, un pinito «académico», un juego —por cierto que generoso— sin otras reglas que las de toda divagación, aunque haya que otorgar al término toda la dignidad que sea precisa. De este modo, hay en los textos recogidos por Rogers piezas estupendas y vislumbres magistrales, y esto es algo que no negará ningún censor, por tremendo que sea. Pero se echa de menos en plumas tan autorizadas como las de Montemayor, Shoemaker, Oller, Barbudo o Gullón, valgan como ejemplos casuales, un planteamiento sistemático, un proceder metodológico preciso, definido y coherente en lo posible.

Claro, que esta observación, seguramente arriesgada y quizá molesta si se la malinterpreta, tiene, después de todo, gruesas razones sociológicas: aquí no es fácil que se escriba «L'Idiot de la famille» ni el «Baudelaire», por citar dos obras de un autor tan caracterizado como discutible, entre otras cosas, por una elemental: porque no disponemos de una costumbre, de un hábito «razonante» preciso, lo que, dicho de otra

manera, valdría, porque aquí nos solemos tomar el ejercicio crítico como una gimnasia doméstica y matinal, que será, sin duda, benéfica y muy legítima, pero que tiene poco que hacer si comparamos sus resultados con los del olimpismo —con perdón— que se practica en la Galia impía, o en la pérfida Albión, o en las universidades acaudaladas —vaya usted a saber por quién— del otro lado del Océano. Y eso sin mentar otras disciplinas metodológicas y otras rigideces, tales como las de uso común en regiones más aferradas a la estrechura y a la exigencia, como las germanas, por ejemplo.

En resumen, que el lector bienintencionado de estos ramilletes críticos se encuentra en el dilema de apreciar la finura y la intuición estupendas de nuestros ensayistas, sin que ello sea óbice para que se plante el problema de por qué no acaba de romper una crítica literaria —excluyo, naturalmente, las áreas superespecializadas— que responda a un planteamiento seriamente previsto, coherente y responsable con algún —el que sea— planteamiento epistemológico. Que estas reflexiones quizá aquí se pasan un poco es cosa que acepto sin dolerme prendas. Pero me queda la confianza de que se entiendan como humilde sugerencia, como reclamación casi discipular, de alguien que —reo más de una vez de idénticos devaneos— vería con gusto cómo algún día nuestra crítica se plantea en serio y sin facilismos la necesidad de establecer algo así como un cuerpo conceptual o un codigullo crítico que proscriba y aún ordene nuestro secular talante de comentaristas «por libre». Aunque sólo sea porque, de continuar a este paso, se corre el riesgo de una dispersión que nos condena a perpetuar eso que con tanta fortuna, aunque a otros efectos, llamaba Paul Feyerabend «el papel progresivo de las hipótesis ad hoc». Pero que conste, claro, que esto no va dicho aquí «contra el método», sino


en su defensa. Más vale lo malo conocido... ■
JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

**Mary Barnes
y la
antipsiquiatría**

Mary Barnes es a la antipsiquiatría lo que Ana O. fue en el psicoanálisis: una paciente de cuyo tratamiento y curación se han extraído numerosas consecuencias. Si Ana O. permaneció en el incógnito, Mary Barnes, en cambio, gusta de explicarse a sí misma en libros, entrevistas y conferencias. No es una casualidad. El psicoanálisis, al desvelar unos misterios para el propio paciente, introduce otros, porque cuenta con la existencia de la sociedad represora, en la cual el individuo ha de defenderse manteniendo una coraza de secreto. Recientemente hemos visto en los Estados Unidos cómo un candidato a la vicepresidencia debía retirarse porque apareció su ficha psiquiátrica, y cómo se han asaltado y robado los expedientes de un psicoanalista para desprestigiar a enemigos políticos. La antipsiquiatría, por el contrario, considera que la verdadera liberación debe proceder de un desgaste de las medidas represoras de la sociedad. La enfermedad mental no es enfermedad —dice Joseph Berke—, sino «un ejemplo del sufrimiento emocional originado por un trastorno de un campo de relaciones sociales; en primer lugar, la familia. En otras palabras, una "enfermedad mental" refleja lo que está sucediendo en un grupo de personas trastornadas, y que, a su vez, trastornan, especialmente cuando se resumen en una sola persona». Por lo tanto, la presentación de uno mismo tal como es, sin ocultaciones, ante el grupo trastornante y ante la sociedad entera, forma parte esencial de la antipsiquiatría.

Mary Barnes fue enfermera, luego, jefe de





TEMAS DE ECONOMIA
EL MARXISMO, SU HISTORIA EN DOCUMENTOS

II. ECONOMIA
200 pesetas

Antología de textos económicos de autores marxistas en un intento de comprensión y actualización de «El capital».

DICCIONARIO DE ECONOMIA (4.ª edic.)
J. B. TERCEIRO
175 pesetas

Los términos y los conceptos económicos de la actualidad diaria al alcance de todos.

CUESTIONES DE ECONOMIA POLITICA
P. CANTO
125 pesetas

Visión crítica del mundo actual a través de planteamientos reales de economía política.

LA CRISIS DE LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES
J. K. GALBRAITH
75 pesetas

El autor denuncia las teorías económicas clásicas como anacrónicas para la interpretación de la economía actual.

LOS ESPAÑOLES Y LA REFORMA DE LA EMPRESA
V. PEREZ SADABA
50 pesetas

Supuestos políticos imprescindibles para llegar a una reforma de la economía española.


LOS MONOPOLIOS EN ESPAÑA (7.ª edic.)
R. TAMAMES
125 pesetas

Estudio de la influencia decisiva que los monopolios ejercen sobre la economía española.

LA INFLACION CAPITALISTA
J. C. DALLEMAGNE
180 pesetas

Estudio de la inflación como expresión de las contradicciones del modo de producción capitalista.

Solicite información sobre TEMAS DE ECONOMIA a:
Distribuciones ZYX, S. A.
Lérida, 80. Teléfono 279 71 99.
MADRID-20





FERNANDO TORRES-EDITOR

ARTE
CINE
COMUNICACION

NUEVOS SIGNOS
Lamberto Pignotti

PARA ANALIZAR
LOS MASS MEDIA
Albert Kientz

IMAGEN
Y COMUNICACION
A. M. Thibault-Laulan,
Escarpit, Moles y otros

PROXIMA APARICION:

FRANÇOIS TRUFFAUT
Dominique Fanne, con prólogo
de Jeanne Moreau

EL ARTE EN LA SOCIEDAD
CONTEMPORANEA
Colectivo

Fernando Torres - Editor
Cirilo Amorós, 71 - Valencia-4-Tel. 22 75 20



Mary Barnes.

enfermeras, y finalmente, diagnosticada como esquizofrénica. Se quedó en el pabellón de Kingsley Hall, a cargo del padre de la antipsiquiatría —aunque la palabra «padre» sea contraria a la antipsiquiatría cuando se aplica a quien no lo es de una manera natural— Laing. Joseph Berke, que había estudiado Medicina en Nueva York (con el doctor Thompson, otra figura importantísima en el nuevo concepto de la enfermedad mental), leyó un día «El ego dividido» («The divided self»), de Laing, y decidió ir a Londres para estudiar con él. Allí conoció a la paciente Mary Barnes, «a la vez, una niña, una adolescente, una mujer; vibrante, encantadora, carismática». ¿Un encuentro providencial? En el lenguaje de Berke, como Mary Barnes «debe encontrarse consigo misma como mujer, terminó por crearse una situación, gracias a la cual nos encontramos, y yo asistí a su proceso de desintegración y resurrección».

Todo lo que sucedió aparece relatado en un libro de doble testimonio: el de Mary Barnes y el de Joseph Berke (1). Es decir, que el relato del «viaje a través de la locura» (como dice su título original) está

(1) Mary Barnes y Joseph Berke, «Viaje a través de la locura», traducción de Amparo García Burgos, prólogo del doctor Ramón Sarrió. Ediciones Martínez Roca, Sociedad Anónima. Barcelona, 1974. Título original: «Mary Barnes, two accounts of a journey through madness». MacGibbon and Kneel. London, 1971.

hecho desde los dos puntos de vista que poco a poco van acordándose. Es, naturalmente, no sólo una Memoria de dos individuos, sino la narración de un medio familiar, de una comunidad antipsiquiátrica, de situaciones, de anécdotas, de personajes. Tiene el lenguaje de una novela, está deliberadamente desprofesionalizado —a pesar de que tanto Mary Barnes, por su calidad de enfermera, como Joseph Berke, por la de médico, están en posesión de lenguaje secreto y críptico de la ciencia—; a veces aparece en él un cierto tinte místico, el de la fe de los descubridores de algo que van viendo como funciona y no saben todavía exactamente por qué. Es claramente apasionante. Esta edición española lleva un prólogo del doctor Ramón Sarrió, escritor dedicado desde hace muchos años a la divulgación de la psiquiatría en España, que se resiste demasiado al cientifismo de lenguaje, que expresa sus dudas de clásico sobre la «Tercera revolución psiquiátrica» y que duda mucho de que el diagnóstico de esquizofrenia de Mary Barnes fuese el aceptado, pero que sigue encontrando que lo esencial en psiquiatría es la psicoterapia, y que la forma en que la ha practicado Berke y como se ha llevado adelante en Kingsley Hall conecta sencillamente con cualquier otro método en que es la personalidad patética del médico volcado enteramente hacia su pa-

ciente. Es decir, que lo que admira esencialmente es la «pasión psicológica y psicoterapéutica» del médico Berke, «que a todos debe inspirar reverencia». Prólogo crítico, de ninguna manera obvio, pero que probablemente hubiese estado mejor colocado al final del libro —permitiendo al lector un reflejo de opiniones distintas a las que acabase de leer— que al principio —predispóniéndole ya a una actitud reservada hacia lo que sigue—.

Se participe o no del contenido de la antipsiquiatría (2), la lectura de este libro es apasionante. No solamente nos mete en la vida de sus protagonistas y de los ambientes en que están o estuvieron, sino que nos hace comprender muchos de los problemas del mundo de hoy. ■ P. B.

**Burgos:
topical Sevilla**

«Compendio de la gran riqueza folklórica que atesora nuestro país» llama irónicamente Antonio Burgos al conjunto de trabajos periodísticos reunidos ahora en libro por Ediciones 29 bajo el título «Topical Spanish».

La mayor parte de estos quince trabajos aparecieron originariamente en TRIUNFO («Los maletillas, frustración y mito», «La Sevilla de los refugios», «La Andalucía de Blanco White», «Leyenda y arenales del Rocío», «El Robinson bello de la sierra de Hornachos», etcétera), y casi todos tienen como temática central a Andalucía, y en particular a Sevilla: «a la alegre y

(2) TRIUNFO se ha ocupado numerosas veces de este tema. Recordemos «La infancia y el entorno represivo», E. Chamorro, núm. 422; «Antipsiquiatría y anticultura», P. Berbén, número 510; «¿Cree usted en la esquizofrenia?», J. L. Giménez Frontin, núm. 512; «Los antipsiquiatras en acción», D. Enrique, núm. 528; «El viaje de Mary Barnes», F. Guattari, número 576; «Antipsiquiatría: José Berke» (entrevista), número 550; «Psiquiatría extramuros», J. A. Valtueña, núm. 598.

confiada Sevilla, que ve en la televisión y oye en los discursos lo bien que van las cosas en el Sur; a la Sevilla de maxifaldas y pantalones; a la Sevilla que juega a la calle Serrano en Vía Veneto, en la Bodeguita Romero o en El Nuevo Coliseo; a la Sevilla consumistamente contestataria de bigotes a lo Jivago, barbas a lo Castellet y chaquetas a lo Eugenio Triás». Y, sobre todo, a la otra Sevilla: la de los refugios, los jornaleros del flamenco, las Casitas Bajas...

Y aunque estos trabajos no nacieron con vocación unitaria, sino que fueron motivados por las mayores o menores urgencias de la actualidad, aparecen ahora con una unidad: la que les da su intención crítica, expresada ya en el encabezamiento del mismo índice, llamado aquí «pregón sarcástico sobre los tópicos de España». Con sarcasmo y con tristeza, Burgos presenta el envés de esta Sevilla-España satisfecha que por el haz se ve a la par tradicional y desarrollista. Y la presenta con unas lacras que no parecen tener trazas de desaparecer; así, lo que en su día fue materia aparentemente percedera de una tarea periodística, aparece ahora como durable y permanente: aquí también sólo lo fugitivo permanece y dura. Y en este haz y envés, «la belleza y alegría de la fiesta nacional» se muestra como «la frustración y «mito» de los maletillas; «el encanto sin par de las casas con patios y rejías floridas» deviene en «la Sevilla de los refugios»; «la veneración por las grandes obras literarias» nos lleva a «Simplemente María», y el recuerdo permanente de «las escencias patrias» (Indíbil y Mandonio, Viriato, Don Pelayo...), a una histórica carrera a calzón quitado, gritando: «Bienvenido, Mr. Ford».

Pero se cuida mucho Burgos de derribar un tópico para erigir otro en su lugar. Sólo intenta colocar las cosas en su sitio, al que tan ajenas se hallan, sobre todo «en una Andalucía que